



**APUNTES SOBRE,
VINO Y FILOSOFÍA**

CARLOS MARZÁN TRUJILLO



APUNTES SOBRE VINO Y FILOSOFÍA
CARLOS MARZÁN TRUJILLO

A Esse, sempre

Los seres humanos se distinguen de los animales en que pueden beber cuando no tienen sed y, además, no necesariamente agua. Después del agua, el vino ha sido -desde los comienzos de la civilización- la bebida preferida de la humanidad. Como afirmaba Pepe Carvalho (el detective de Vázquez Montalbán) en la novela *Quinteto de Buenos Aires*: “la sed de agua es primitiva, la sed de vino es cultura”. Esa sed de vino se refleja en los documentos más antiguos de la civilización. Así, por ejemplo, en el *Viejo Testamento* se cuenta que Noé, para celebrar lo que había conseguido con el Arca, “comenzó a labrar la tierra, plantó una viña, bebió del vino y se embriagó en demasía”. En el *Nuevo Testamento*, San Pablo le dice a su discípulo Timoteo: “no bebas agua sola. Toma un poco de vino que le hace bien a tu estómago y a tus frecuentes indisposiciones”. Y no puede olvidarse que en la última Cena, Jesús lo llamó “su sangre”, o que en las bodas de Canán transformó el agua en vino. En la cultura griega hay una inmensa cantidad de textos que hablan del vino. Los filósofos, poetas y héroes griegos siempre parecen estar dispuestos a tomar ese néctar “*di-vino*” para pensar con mayor lucidez, para poetizar con mayor ahínco o para luchar con más brío. Cratino, un poeta griego, decía que quien solamente bebe agua “no puede hacer cosas buenas”. En *La Odisea* el Mediterráneo es llamado “vinoso ponto”. Y el vino sirve a Ulises y a sus marineros para emborrachar al fiero cíclope y, así, poder escapar de él. La cultura griega amaba tanto el vino que, de vez en cuando, las polis solían hacer unas fiestas denominadas *oscoforias*, fiestas en honor de Dionisos, el dios de la embriaguez, que terminaban en borrachera general.



FIG. 1. *La Odisea*, de José María Martín Saurí y Francisco Pérez Navarro (1983). © Martín Saurí /Pérez Navarro

Tomado con moderación, el vino puede ser un estimulante que permite liberar el peso de nuestro yo y dejar paso a la fantasía. Cabría afirmar por tanto, que el vino ayuda tanto a dialogar como a pensar, pues puede favorecer que miremos las cosas desde perspectivas diferentes a las habituales, con un punto de ironía crítica. Por eso, se podría decir que es una bebida filosófica que potencia el pensamiento. El conocido dicho latino de “*in vino veritas*” es el lema que, según uno de los personajes de un conocido ensayo de Kierkegaard, deberían estar hechos los discursos, puesto que el vino “es la defensa de la verdad y ésta es la apología del vino”¹. Los grandes filósofos han sabido captar su época en pensamientos y muchos de ellos se han ayudado de alguna que otra copa de vino. Ese es el caso de Sócrates, para quien el vino era “como el rocío de la mañana que hidrata y suaviza el alma”. O también el de Montaigne, un auténtico apasionado de los vinos, que él mismo producía en sus viñedos. Siempre defendió el uso moderado del vino, pues lo consideraba un placer que hacía aflorar los secretos más íntimos, como da a entender en sus *Ensayos*. Lo mismo le ocurría a Hume, quien disfrutaba del vino y lo tomaba para olvidar el abismo al que le conducían sus propias ideas escépticas. En su *Norma del gusto* plantea las condiciones que deben darse para valorar con objetividad una obra de arte; una objetividad que también es posible establecer respecto al vino². Esas condiciones son: la delicadeza, una capacidad afinada para captar las cosas mejor de lo que lo hacemos habitualmente; la experiencia; el saber comparar, o el juzgar sin prejuicios. Kant también era un enamorado del vino. Lo bebía religiosamente cuando regresaba a casa después de sus lecciones en la Universidad de Königsberg para relajarse y pensar. Lo mismo le

ocurría a Marx, que bebía cerveza o vino, tras pasar todo el día trabajando en la Biblioteca Británica. Ese también es el caso de W. Benjamin, el filósofo nómada, quien solía escribir en bistro y cafés con una copa en la mano, así como el caso de su amigo Adorno, hijo de un comerciante de vinos, quien solía escribir sesudas obras con ayuda de un buen vino. Es verdad que algunos filósofos se han quejado de que el exceso de vino no sólo nos hace pensar, sino que también nos hace pensar auténticos disparates o hacer locuras. Eso escribía Hobbes en el *Leviathan*: “*el comportamiento de los individuos que han bebido demasiado es similar al de los locos: a unos les da por irritarse, a otros por amar, a otros por reír... Los efectos del exceso del vino hace que las deformidades de las pasiones se encuentren al desnudo*”³. La relación entre el vino y la filosofía es, como puede observarse, inmensa. Así que en el espacio que permiten estas páginas sólo es posible tratar la relación que han mantenido algunos de los más destacados pensadores de todos los tiempos con el vino. Me referiré a un filósofo del mundo antiguo, Sócrates; uno de la época moderna, Kant, y otro de nuestra época, Gadamer.

1 S. Kierkegaard, *In vino veritas*, Madrid, Alianza editorial, 2009, p., 55.

2 Y entre los ejemplos con el que nos ilustra, toma uno de *El Quijote*, donde a dos buenos catadores se les pide que juzguen un vino que todo el mundo consideraba magnífico. Uno lo encontró bueno, pero decía que tenía cierto sabor a cuero; otro que era espléndido, pero que sabía a hierro. Los allí presentes dijeron que era imposible establecer un juicio objetivo. Sin embargo, cuando se vació el tonel aparecieron unas llaves oxidadas atadas a una cinta de cuero.

3 Th. Hobbes, *Leviatán*, Madrid, Editora Nacional, 1980, p., 134.



FIG. 2. Jacques-Louis David, Detalle de *La muerte de Sócrates* (1787), Museo Metropolitano de Arte de Nueva York

La buena comida y la bebida eran placeres a los que Sócrates (469 – 399 a.C.), un individuo más bien austero, jamás renunció. Dentro de la modestia con la que vivía, procuraba “darse una buena vida” (lo que los griegos llamaban “*euokheísthai*”). El vino siempre fue una compañía para Sócrates. Y es que en la Grecia de su época el vino tenía una buena imagen, hasta el punto de que era considerado una bebida noble y aristocrática. Sócrates era partidario de que los jóvenes empezaran a beber una vez cumplidos los dieciocho años, y recomendaba a los ancianos que bebieran; esto es, que hicieran abundantes libaciones a Dioniso (dios al que los romanos llamarán Baco), pues el vino “era un remedio ofrecido por los dioses para rejuvenecer a los mayores, haciendo que se olviden de lo que les aflige sus almas”. En Grecia el vino se consumía en las reuniones de amigos, y servía para estrechar los lazos entre ellos. Pero no se debe olvidar que el vino griego de aquella época era excesivamente fuerte y concentrado. De ahí que en estas reuniones (*simposios*) hubiese una

especie de *sommelier* al que llamaban “*simposiarco*” que recomendaba a los participantes rebajar con agua el vino que quisieran beber. De este modo, se aseguraba que la reunión transcurriese plácida y tranquilamente. Se trataba de evitar que quienes bebiesen cayeran en conductas equívocas, en lo que denominaban “*Khaliphroneo*” (“*Khalis*” era el vino puro y peleón y “*phroneo*”, el pensar armónico y prudente). *Kaliphroneo* significaba, pues, algo así como un pensar sin cordura. Sócrates y sus amigos se lo pasaban estupendamente en esas reuniones filosofando. En el *Banquete*, que es un famoso texto de Platón, Sócrates hace un magnífico alegato sobre la belleza inspirado tal vez por el vino que le servía el *simposiarco*. Sócrates trata de mostrar cómo es posible ascender desde la belleza terrenal a la idea eterna intangible e inmutable de “Belleza”. En el *Banquete*, cuyo título en el original griego es el *simposio*, Platón nos da a entender que buena parte de la lucidez de su maestro era debida al vino. Aunque de sus textos podría deducirse también que, en ocasiones, se ponía demasiado insistente cuando abusaba del ánfora, pues se dedicaba a interrogar a sus amigos hasta la extenuación acerca de lo divino y de lo humano. Nos cuenta, además, que tenía un gran aguante, que sabía beber, pues después de pasar toda una noche libando era capaz de acompañar a sus amigos a dormir a sus casas y él se quedaba como si nada hubiese pasado. Así, se puede leer en el *Banquete*: “*Sócrates acompañó a Aristófanes a dormir. Y luego, cuando era ya de día, a Agatón. Esperó a que se durmieran y se fue al Liceo donde pasó el día como de costumbre*”⁴. Su fama de ser insaciable con el vino nos la cuenta Alcibiades, compañero de armas en su juventud: “*en los convites, se divertía al máximo... y cuando se lo forzaba a beber era capaz de derrotar a todos sin emborracharse ni una sola vez*”⁵.

Immanuel Kant (1724 – 1804), el más célebre filósofo de la Ilustración, tenía fama de ser un hombre estricto

4 Platón, *Banquete*, *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1993; 221a – 222e.

5 *Ibid.*, 219 e–220 d.

y puntual. Seguía a rajatabla las máximas que se imponía para todo. Su vida entera se caracterizó por la uniformidad y la rutina. Jamás salió de Königsberg, nunca dejó de despertarse a las cinco en punto de la mañana. Sus conciudadanos ponían el reloj en hora al verlo pasar, pues siempre lo hacía por los mismos sitios a las mismas horas. Pero lo que lo convertía en un ser amable era su gusto por el vino y su deseo de reunirse con los amigos, con quienes prolongaba sus almuerzos hasta el atardecer. En las conversaciones que mantenía con ellos (y que según una norma que tenía debían ser entre tres y cinco, pero jamás más de nueve contertulios) no se mostraba como el pensador profundo que había revolucionado la filosofía. En esas conversaciones sabía *“incluso vestir ideas abstractas con un ropaje encantador y analizaba con claridad todas las opiniones que sostenía. Disponía de gracioso ingenio y a veces su discurso estaba aderezado con una ligera sátira que siempre profería modestamente con el gesto más gracioso”*⁶. Su seriedad en la escritura y en el discurso no le hacía perder su amabilidad. Partía de la idea de que el trato con los demás debía estar siempre caracterizado por la urbanidad y la gentileza. En esas reuniones era él quien escogía el menú que siempre hacía acompañar de un espléndido vino. Kant parecía más un hombre de mesa que un gran pensador que no sólo comía con apetito y fruición, sino que *“disfrutaba de su buen y viejo vino... y se transformaba en un magnífico conversador... introducía algunas anécdotas... ante las que era imposible contener la risa incluso cuando se estuviera hablando sobre las cuestiones más serias”*⁷. Más de una vez sus amigos le dijeron que debería escribir, junto a la *Crítica de la razón pura*, la *Crítica del arte culinario*. Es curioso que viviendo en el país de la cerveza, repudiara esta bebida por considerarla soporífera y antifilosófica. Para él sólo el vino era capaz de impulsar una buena conversación y estimular los pensamientos. Uno de sus contemporáneos llegó a

decir de él que era un *bon vivant* y *“que era capaz de digerir tan bien el vino... como el público digería tan mal la filosofía que escribía”*⁸. Y es curioso que entre todos los vinos, Kant tuviese especial predilección por el vino de Canarias. En su *Crítica del Juicio* escribe sobre éste como ejemplo de lo agradable. Nos habla del gusto que produce en la lengua, el paladar y la garganta⁹. De ahí que, de ahora en adelante, su filosofía, denominada “criticismo”, podríamos llamarla también “criticismo enológico canario”.



FIG. 3. Emil Dörstling, Detalle de *Kant y sus convidados* (1892), Königsberger Museum

6 L. E. Borowski, *Relato de la vida y el carácter de Immanuel Kant*, Madrid, Tecnos, 1993, p. 93.

7 R. Malter, *Immanuel Kant in Rede und Gespräch*, Hamburg, Felix Meiner Verlag, 1990, p., 414.

8 *Ibid.*, p., 387.

9 I. Kant, *Crítica del juicio*, México, Porrúa, 1978, p., 215.

Hans-Georg Gadamer (1900 – 2002), uno de los más destacados filósofos del siglo XX, siempre manifestó a lo largo de su dilatada vida su buen gusto por el vino. En ocasiones mostró, además, su preferencia por los caldos italianos, por los montepulciano del Molise y del Abruzzo. Fue tal vez su amor a la cultura clásica, en la que Italia era considerada como la “tierra del vino”, lo que propiciara esa predilección. Pero aquí no se pretende ahondar en las costumbres bebedoras del centenario profesor alemán, sino establecer algunos vínculos entre su pensamiento y el vino. Y no es que su obra sea deudora de los efluvios etílicos (como se ha dicho de algunas creaciones de ciertos artistas y escritores), sino que el vino resulta una metáfora adecuada para explicar su filosofía, la hermenéutica filosófica.

En *Verdad y método* (1960), Gadamer sienta las bases de lo que se ha llamado hermenéutica filosófica. En ese texto, que se ocupa del arte, de la historia y del lenguaje, la hermenéutica no se entiende como una técnica interpretativa, sino como nuestro esencial modo de ser: da cuenta del modo en que comprendemos y nos orientamos en el mundo. La obra expone que el ser humano es, ante todo, un ser que interpreta y que conoce. Y al hacerlo, se interpreta a sí mismo, se *re-conoce*. Su principal actividad consiste, pues, en seguir la máxima del santuario de Delfos: *gnôthi sautón*, “conócete a ti mismo”. Eso lo hace -individual y colectivamente- atendiendo a la cultura, al lenguaje, a la historia *que nos constituye*. Y es que la hermenéutica dice que somos fundamentalmente *lo que hemos sido*. Esto es, pasado, historia, un “haz de prejuicios”. Somos efecto de tradiciones que nos envuelven y en las que se desarrolla nuestra experiencia. Pero la hermenéutica insiste en que nunca se nos hace del todo transparente cómo hemos llegado a ser eso que somos, que siempre hay un plus de misterio, que una completa autoilustración es inalcanzable, que nunca se pueden conocer del todo los vínculos a los que estamos sujetos. Y eso se debe, precisamente, a la finitud de nuestra vida y de nuestra razón.

El vino, al igual que nosotros, tampoco puede entenderse al margen del mundo que le da cobijo: la tierra, el clima, la altitud, el cuidado del viñedo, el proceso de elaboración... Y sin embargo, ni al enólogo más experto puede revelársele con toda claridad el porqué de la diferencia de añadas que son resultado de circunstancias similares, ni la causa por la que botellas de una misma cosecha puedan tener tan distintos acentos y matices. Como nosotros, el vino es “lo que ha sido”, pero un “sido” al que también envuelve un velo de ignorancia y opacidad. La hermenéutica filosófica destacó que nuestro saber se sedimenta sobre el enigma, sobre un fondo de misterio. Puso de relieve que la razón contiene posos que, como los del vino, dan cuenta de un origen antiguo. Un origen, también como el del vino, que apunta al universo del mito, “aquello que guarda la verdadera sustancia de la vida de una cultura”.



FIG. 4. Gadamer celebrando su centenario con vino italiano

En el año 2007 se celebraron en Burdeos unas jornadas sobre vino y filosofía. Esas jornadas fueron denominadas “fiestas del pensamiento”. En ellas se habló de filosofía y se degustaron magníficos caldos. Y quienes asistieron a ese *simposio* concluyeron, entre copas, que defender el vino y la filosofía era defender parte del patrimonio de la humanidad. Y es que la filosofía y el vino representan enclaves de resistencia frente a un mundo cada vez más homogeneizado. La filosofía, porque se opone a una cultura de consumo que favorece el *no-think*, el no reflexionar; porque potencia que los individuos se atrevan a pensar por sí mismos. Y el vino porque se encuentra enraizado a un lugar y a una cultura determinada, porque es todo lo contrario a la uniformización y la globalización, ese espacio que todo lo iguala. Como se decía al principio de estas páginas, el vino es una bebida filosófica, porque ayuda a pensar. Al mismo tiempo, la filosofía tiene algo de dionisiaco, de embriaguez, pues nos permite realizar una mirada distinta sobre el mundo y, con ello, cuestionar lo que se presenta como falsa armonía. Y, en este sentido, como decía Kierkegaard, “el vino puede convertirse en defensa de la verdad y ésta en apología del vino”. ¡Brindo por ello!